



La Santa Sede

PABLO VI

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Domingo 31 de mayo de 1979

Desde hoy la Iglesia posee un nuevo santo: san Juan de Ávila. Un santo español del siglo XVI, gran predicador, gran escritor, gran promotor de la reforma de la Iglesia en tiempos del Concilio de Trento, y gran maestro de vida espiritual. Entre sus libros hay uno que merecería ser conocido también en Italia, incluso hoy, especialmente por las almas religiosas; se titula *Audi, filia*: Escucha, hija.

Esta canonización nos hace pensar en el patrimonio de hombres elegidos que posee la Iglesia y que se ha ido acrecentando en el curso de los siglos; no es sólo un patrimonio de memorias dignas de ser recordadas por los historiadores y por los compatriotas; es algo de por sí singular y admirable: no sólo una tradición del pasado, sino una realidad preciosa que el tiempo no logra gastar. Es un patrimonio vivo, de personalidades de primer orden, que están todavía con nosotros, y precisamente de una manera más viva después de que se les ha reconocido la santidad que les inscribe en esa comunión de los santos que es la Iglesia: especialmente la Iglesia celestial que, en Cristo y mediante el Espíritu, comunica también con nosotros, que somos todavía miembros de la Iglesia terrena y peregrina en este tiempo y en este mundo.

Si existe esta comunión de los santos —¡y ciertamente existe!—, ¿no haríamos bien en aprovecharnos de ello un poco más de lo que hoy se hace? Debemos conocer a estos santos, honrarlos e invocarlos y, sobre todo, imitarlos. Hacerlo así daría el gusto de pensar bien de la humanidad y nos ayudaría a vivir la vida cristiana. Aunque no lo reconozcamos, está el hecho de que nos dejamos impresionar por las figuras de hombres singulares: como los artistas, los deportistas, los héroes, los poderosos; y está bien, éste es un fenómeno de la convivencia humana; es un mimetismo del que, más o menos, uno no se puede escapar. Si conociéramos

mejor a los santos, podría suceder que fuéramos también nosotros mejores, más fieles, más cristianos, y, ¿no sería esto algo muy bello?

Intentemos comprender a la Iglesia, que honra a Cristo honrando a sus mejores discípulos, y demos también nosotros algún paso para ponernos en línea. María está a la cabeza, y nos invita.